

## Sectarismo enciclopédico en la España del siglo XVIII

Estudio histórico de homenaje a Vázquez de Mella  
en su Centenario (\*)

### LA GRAN CONJURA

El siglo XVIII, «el más perverso y amotinado contra Dios que hay en la Historia» (1) tiene un símbolo. Voltaire, recibido en triunfo en París, coronado apoteósicamente en la Comedia francesa, bendiciendo en nombre de Dios, de la Libertad y de la tolerancia, el hijo de Franklin, representa a su época.

Este hombre, símbolo y encarnación del espíritu del mal, que avasalló con mano despótica el movimiento intelectual de su siglo, fué el malévolos instigador de aquella cerrada conjura que pretendió acabar con la Iglesia santa de Jesucristo.

Voltaire, ídolo de reyes y magnates, embriagado en su papel de reformador de Europa, dió ánimo y dirección al movimiento envolvente que, partiendo de Francia, intentó arrasar toda doctrina revelada.

«Estoy cansado de oír repetir — dijo un día — que bastaron doce hombres para propagar el cristianismo; quiero demostrarles que basta uno solo para destruirlo» (2).

Con ardor de fanático exhorta a sus correligionarios. Los filósofos deben formar una alianza de iniciados para «aplastar a la Infame». «Ecrasez l'infâme, je vous conjure», escribía a D'Alem-

(\*) «ESPIRITU» acoge con complacencia en sus páginas dos estudios del Rdo. Antonio Alamos, para asociarse al homenaje al insigne Vázquez de Mella, que con ocasión de su centenario se le dedicará en España. El primero de estos dos estudios se refiere al s. XVIII y es el que publicamos en este número de «ESPIRITU». En el próximo número recogeremos el estudio sobre el s. XIX.

(1) M. MENENDEZ Y PELAYO, Historia de los Heterodoxos Españoles, Ed. BAC. (Madrid, 1956), t. II, pág. 378.

(2) Citado por J. B. WEISS, Historia Universal, ed. española (Barcelona, 1930), v. XIII, p. 254.

bert. En sus cartas a los Hermanos, repite insistentemente la impía sigla «Eclinf». Desde entonces el sacrílego grito se convierte en lema y bandera de la secta. Los adoradores de la razón se erigen en anticristos.

Proyecta fundar Voltaire, en Suiza o Prusia, una comunidad monástica de librepensadores dotados de imprenta propia para sus trabajos irreligiosos. Los ricos deben aportar el dinero para imprimir «cosas útiles». Estos escritos han de ser breves, sencillos y atractivos, de suerte que cualquier zapatero los pueda entender. Federico II, el rey filósofo, ofrece la Casa de Mailland, en Cleves, para establecer en sus Estados aquella sociedad atea.

Pero los amigos de Voltaire se encuentran muy a gusto entre las comodidades y lisonjas de los salones de París; no se sienten invitados a sacrificar a la voz del maestro su vida cortesana. Holbach funda un monasterio de filósofos, una logia de escritores ateos; pero en París.

Mas, con esto, la actividad del Patriarca de los filósofos se multiplica. Desde su principado de Ferney lanza al público incesantes escritos; se firma Cristemoque, es decir: Burlador de Cristo. Da a luz cuentos, facecias, diálogos, panfletos casi diarios de diez a veinte páginas. Mas de ciento cincuenta libelos, llenos de acerba befa contra Jesucristo y su Iglesia hizo que pasaran astutamente la frontera, imprimiéndolos bajo los títulos más diversos, ya como Homilias, ya como traducciones del inglés.

La edición de la Enciclopedia dió nueva oportunidad a los sectarios, «fué máquina de guerra y legión anticristiana, en que todos sus enemigos, directos y solapados, se conjuraron y unieron sus fuerzas» (3).

La Enciclopedia contribuyó a dar cohesión y conciencia de su poder a los «ilustrados» y filósofos de Europa. No fué el suyo un ataque frontal, sino artero y solapado. Temían la prohibición como, en efecto, llegó, y hubieron de superar por medio de poderosas influencias. Para burlar la regia vigilancia acudieron a las artes más astutas. No impugnaron abiertamente las ideas cristianas; pero sí demostraron las doctrinas religiosas de modo insuficiente o ridículo, proponiendo briosamente las objeciones sin una refutación adecuada.

Lamentándose Voltaire de que la regia intransigencia hubiéralos obligado a suavizar las formas y paliar sus ideas, D'Alembert le consoló: «Lo que en un artículo queda obscuro, está dicho con tanta mayor claridad en otro donde la autoridad no lo busca; la posteridad observará bien lo que se ha pensado y lo que se ha dicho» (4). Bien claro habla Diderot en el artículo «Encyclopedie»: «Cuantas veces un prejuicio nacional exige respeto, hay que de-

(3) M. MENENDEZ Y PELAYO, HHE, t. II, p. 381.

(4) Citado por WEISS, loc. cit. XIII, p. 224.

jarlo parecer verosímil en el artículo que le está dedicado; pero en otros artículos hay que quitar el polvo y la suciedad. Este modo de desengañar a los hombres es eficaz para las buenas cabezas y no tiene ninguna desventaja».

Con esta maligna sagacidad fueron sembrando los errores que darían su fruto sazonado en la Revolución Francesa. En el progreso de su impiedad quedaba muy atrasado el deísmo de Voltaire.

Fué su afán labrar la nueva cultura, reformar de raíz la sociedad; una sociedad libre, ilustrada, feliz. La razón sustituiría a la fe; la tolerancia, al fanatismo; el placer, a la vida ultraterrena; la filantropía, a la caridad.

«En los libros de estos escritores — observa Nisard — hay un constante combate entre el pasado y el presente, entre lo que existe y lo que ha de venir, entre religión y filosofía» (5).

Pero el ímpetu terriblemente demoledor de los enciclopedistas no hubiera conseguido su objetivo sin el concurso voluntario o ciego de todas las fuerzas de su siglo. Voltaire, que no tenía nada de demócrata, aspiraba a realizar la revolución desde arriba. Todo para el pueblo, nada por el pueblo. Puso en juego toda su influencia de primer filósofo en las cortes europeas. Los monarcas ávidos de aumentar su gloria con los elogios de Voltaire, le siguieron. Sus ideas prendieron fácilmente en la sociedad refinada y corrompida de la Francia del XVIII.

«En Prusia, Federico II; en Rusia, Catalina; en Austria, José II; en Portugal, Pombal; en Castilla, los ministros de Carlos II se convierten en heraldos o en despóticos ejecutores de la revolución impía y la llevaron a término a mano real y contra la voluntad de los pueblos.» «Las clases privilegiadas se contagiaron dondequiera de volterianismo» (6). «Al pueblo llegaron los efectos mucho más tarde y sólo después que sus monarcas habían agotado los esfuerzos para descristianizarle y corromperle. Por de contado que ellos fueron las primeras víctimas en cuanto rompió el furor de la plebe amotinada. ¡Cuán ciego es quien no ve la mano de la Providencia en las grandes expiaciones de la Historia!» (7).

He aquí la fiera y universal conjura que se cernía sobre la Iglesia en los perversos años del siglo XVIII.

#### LOS SECTARIOS DE LA «ENCICLOPEDIA» EN NUESTRA TIERRA

En España, fueron los ministros de Carlos III los adalides de la impiedad francesa: Aranda, Roda, Moñino, Campomanes...; gravemente inficionados todos ellos de volterianismo y dóciles servidores de la Enciclopedia en nuestra patria.

(5) Cfr. WEISS, loc. cit. XIII, p. 226. (6) HHE, t. II, p. 378.

(7) Ibid., p. 558.

Por lo que toca al Conde de Aranda, bien probadas están sus relaciones con Voltaire. Asegura el Príncipe de la Paz en sus «Memorias» que a Aranda le embriagaron los elogios de los enciclopedistas, quienes se habían propuesto reclutarle para sus doctrinas. Y añade que, siendo hombre de tan terca voluntad como estrecho entendimiento, oyó a los franceses como oráculos, fué sectario fanático y adquirió, más que la ciencia, la ambición y los ardores de la escuela (8).

Abundantes muestras tenemos del incienso que prodigaba el Patriarca de Ferney al Capitán General de Castilla la Nueva. Baste leer el encomio que le dedica en su Diccionario filosófico, donde, después de presentarlo como un nuevo Hércules que ha comenzado a cortar las cabezas de la hidra de la Inquisición, termina con estas lisonjeras palabras: «Bendigamos al Conde de Aranda, porque ha limado los dientes y cortado las uñas al monstruo» (9).

En prosa y en verso repitió sus alabanzas. Aranda, entusiasmado, correspondió con espléndidos regalos; obsequió al refinado señor de Ferney con una exquisita colección de vinos españoles.

Envióle, además, porcelanas, sedas, paños y toda manera de productos de la industria nacional. Voltaire supo, como buen degustador, apreciar el obsequio.

«Señor Conde — le escribía —, tengo la manufactura de vuestros vinos como la primera de Europa. No sabemos a cuál dar preferencia, al canarias o al garnacha, al malvasía o al moscatel de Málaga. Si este vino es de vuestras tierras, deben de caer muy cerca de la tierra prometida... Recibid, señor, el testimonio de mi profunda admiración por un hombre que desciende a todos estos pormenores en medio de tan grandes cosas. Conservo como reliquia preciosa el decreto solemne del 7 de febrero de 1770 (el que quitó a la Inquisición las causas de bigamia) que desacreditó un poco las fábricas de la Inquisición. Europa entera debía felicitaros por él» (10).

Nada tiene de extraño que a Aranda le tuvieran sorbido el seso tales lisonjas y se afanase como un colegial por merecer las alabanzas del maestro. Sabido es que un elogio de Voltaire daba gloria en todo el mundo y que los reyes de Europa se disputaban sus encomios. Eran los escritores los hombres más poderosos de su época.

En punto a entusiasmo por las ideas francesas, nada desdecía el ministro de Gracia y Justicia, don Manuel de Roda y Arrieta, «impío y volteriano, grande amigo de Tanucci, de Choiseul y de

(8) Cfr. HHE, t. II, p. 563.

(9) Véase ARANDA, Oeuvres complètes de Voltaire, t., II, págs. 344-46.

(10) Cf. HHE, t. II, p. 563.

los enciclopedistas» (11). Su programa era: acabar con los jesuitas y los colegios mayores.

Agudamente decía de él Azara que «por un cristal de sus anteojos no veía más que jesuitas, y por el otro colegiales mayores» (12).

El mismo mal de la época aquejaba a don José Moñino, fiscal del Consejo de Castilla, más conocido bajo el título de Conde de Floridablanca, que ganó con aquella brava hazaña de arrancar al débil y enfermo Clemente XIV la extinción de la Compañía. Secundábales en su política laica el furibundo regalista Campomanes.

Las altas directrices que el padre de la secta señalaba a sus discípulos españoles, podémoslas ver reflejadas en la siguiente carta al Marqués de Miranda, camarero mayor del rey de España. Escribe Voltaire:

«Señor, tenéis la audacia de pensar libremente en un país donde esta libertad ha sido las más veces mirada como un crimen. Hubo un tiempo en la Corte de España, sobre todo cuando los jesuitas dominaban, en que estaba casi vedado el cultivo de la razón y era mérito en la corte el embrutecimiento del espíritu... Nacisteis con un ingenio superior; hacéis tan lindos versos como Lope de Vega, escribís en prosa mejor que Gracián. Si estuvieseis en Francia, se os creería hijo del abate Chaulieu y de Madame de Sevigné. Si hubiéseis nacido inglés, seríais oráculo de la Cámara de los Pares. ¿Pero de qué os servirá esto en Madrid? Sois un águila encerrada en una jaula y custodiada por lechuzas... En Madrid y en Nápoles, los descendientes del Cid tienen que besar la mano y el hábito de un dominico. Los frailes y los curas son los que engordan con la sangre de los pueblos. Supongo que habéis encontrado en Madrid una sociedad digna de vos y que podéis filosofar libremente en vuestro «coetus electus». Insensiblemente educaréis discípulos de la razón; educaréis las almas asimilándolas a la vuestra, y cuando lleguéis a los altos puestos del Estado, vuestro ejemplo y vuestra protección dará a las almas el temple de que carecen. Basta con dos o tres hombres de valor para cambiar el aspecto de una nación» (13).

Este era el fin que se habían propuesto los encumbrados secuaces de Voltaire en nuestra patria: renovar la nación según los principios de la Enciclopedia. Tales eran los propósitos; veamos los hechos.

(11) Ibid., p. 497. (12) Ibid., p. 502. (13) Cf. HHE, p. 564 s.

## ACCIÓN SECTARIA

El poder absoluto del rey y los abusivos privilegios de las regalías constituían en manos de ministros sectarios un formidable ariete contra la Iglesia. Aprovechando las escasas luces del monarca y la simpleza de su confesor, usurparon a su sabor el poder.

Bien claros eran los objetivos. La batalla de las regalías no fué sino una guerra hipócrita, solapada y mañera contra los derechos y propiedades de la Iglesia; hábil disfraz que astutamente tomaron de los jansenistas los secuaces de la Enciclopedia, para el más fácil logro de sus intentos.

Gustosamente hubiera acabado Aranda con la Inquisición, el «coco» de Voltaire que, con las limitaciones propias de la época, dificultaba la propaganda del filosofismo en España. Pero Carlos III no cedió en este punto. «Los españoles la quieren y a mí no me molesta», cuentan que contestó a Roda.

Esforzaronse, con todo, por ir minando su poder; restringieron su jurisdicción y no perdieron ocasión para humillarla; al fin de aquel reinado no fué ya ni sombra de lo que había sido. Exacta es la expresión de Voltaire al decir que Aranda le había limado los dientes y cortado las uñas.

Pero la más formidable batalla que libraron los «ilustrados» se dirigió contra los jesuitas, «jenizaros del Papa y granaderos del fanatismo y de la intolerancia», como decían en su jerga. Estaba sagazmente elegido el golpe y justipreciadas sus consecuencias; ellos controlaban la educación y eran el más firme baluarte de la Iglesia contra las ideas racionalistas.

Oigamos cómo explica M. y Pelayo la tenaz campaña:

La causa fué «una sola: el enciclopedismo que ocultamente germinaba en las regiones oficiales y que para descatolizar a los naciones latinas quería ante todo exterminar esa legión sagrada en cuyas manos estaba la enseñanza, que era preciso arrancarles a toda costa para infiltrar el espíritu laico en las generaciones nuevas. El pretexto no importaba: por fútil que pareciese, era bueno; si los pueblos no querían ni solicitaban tal expulsión, para eso tenían los reyes la espada del poder absoluto y la lengua asalariada de escritores sin conciencia, que calumniaban a las víctimas y entonces al vulgo espectador» (14).

Con la enorme fuerza aglutinante que da el odio común, aunáronse en la ambiciosa empresa elementos tan dispares como jansenistas y filósofos, todos los enemigos de la Compañía sumaron sus fuerzas. Abrió fuego Pombal en Portugal; «tipo de excep-

(14) HHE, t. II, p. 476.

cional perversidad entre los muchos estadistas despóticos, fríos y cautelosos que abortó aquella centuria» (15).

«Empeñado en derramar a viva fuerza y por los eficaces medios de la cuchilla y de la hoguera la ilustración y la tolerancia francesas» (16).

Expulsó tiránicamente a los jesuítas después de haberles vilmente calumniado y envuelto en la trama del atentado contra el rey.

Después de la disolución de la Compañía en Francia, Choiseul se empeñó en que nuestra corte imitara su ejemplo.

«Hoy no es posible dudar — afirma el historiador montañés — la mala fe insigne con que se procedió en el negocio de los jesuítas. En varias memorias del tiempo, nada favorables a ellos... están referidos muy a la larga los amaños de pésima ley con que se ofuscó el entendimiento y se torció la voluntad de Carlos III» (17).

En efecto, se les complicó calumniosamente en el motín de Esquilache y, para decidir la voluntad del rey que no acababa de resolverse, emplearon sus consejeros una supuesta carta interceptada en que el General de los jesuítas, P. Ricci, afirma no ser Carlos III hijo de Felipe V, sino de Isabel Farnesio y del Cardenal Alberoni (18).

Como resultado de las trabajosas pesquisas con que los fiscales designados por Aranda se afanaban inútilmente en buscar pruebas contra la Compañía, llegaron a deducir la necesidad de una clemente providencia, económica y tuitiva, en que sin forma de juicio ni proceso se expulsase inmediatamente a los jesuítas. Recomendaban que en la Real Pragmática no se diesen motivos, sino que el monarca se reservase en su real pecho las razones de tan grave resolución e impusiese silencio a cuantos en pro o en contra quisiesen decir algo.

Como se propuso, así se efectuó. El 27 de febrero de 1767 decretaba Carlos III el extrañamiento de los religiosos de la Compañía, y el 1 de abril ejecutaba Aranda el real decreto recomendando a sus subordinados «presencia de ánimo, frescura y precaución».

Veamos cómo festejaron nuestros ilustrados tan magno acontecimiento. «Por fin se ha terminado la operación cesárea en todos los colegios y casas de la Compañía — escribía Roda a Azara, el 14 de abril —. Allá os mandamos esa buena mercancía... Haremos a Roma un presente de medio millón de jesuítas» (19). Es aún más aleccionador lo que escribió el mismo Roda a Choiseul: palabras que descubren claramente el verdadero significado del golpe y la perversa intención de aquellos fanáticos de la Enciclopedia: «La

(15) *Ibid.*, p. 484. (16) *HHE*, t. II, p. 485. (17) *Ibid.* p. 501.

(18) *Ibid.*, p. 504 y nota 18. (19) *Cf. HHE*, t. II, p. 507.

operación nada ha dejado que desear; hemos muerto al hijo; ya no nos queda más que hacer otro tanto con la Madre, nuestra santa Iglesia romana» (20).

No deja de admirar a quien no conozca la ciega comezón del sectarismo que aquellos hombres «sensibles y humanitarios» que afectaban la empalagosa filantropía dieciochesca se ensañasen cruelmente con los perseguidos y condenasen a penalidades increíbles a víctimas inocentes sin atención de enfermos y ancianos. Pasma entender que en nombre de las luces y de la tolerancia sacrificasen a la diosa Razón la genuina cultura española.

Con dolor de sabio y español lamentábase amargamente M. y Pelayo:

«...Aquella iniquidad, que aún está clamando al cielo, fué, al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero para la cultura española, sobre todo en ciertos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y obscurantista contra el saber y contra las letras humanas, al cual se debe principalísimamente el que España, contando Portugal, sea hoy, fuera de Turquía y Grecia, aunque nos cueste lágrimas de sangre el confesarlo, la nación más rezagada de Europa en toda ciencia y disciplina seria, sobre todo en filología clásica y en los estudios literarios e históricos que de ella dependen...»

«Nada queda sin castigo en este mundo y en el otro, y sobre los pueblos que ciegamente matan la luz del saber y reniegan de sus tradiciones científicas, manda Dios tinieblas visibles y palpables de ignorancia» (21).

No satisfechos con lo realizado, las fuerzas conjuradas no cesaron en su empeño hasta conseguir la total extinción de la Compañía; lograda la estrecha coalición de las Cortes Borbónicas, se suceden incesantemente las presiones y amenazas, hasta que el embajador de España, Moñino, ve coronada su campaña de coacciones y violencias con el anhelado breve de extinción.

La Enciclopedia cantó su triunfo:

«Las causas, se gloriaba D'Alembert, no son las que han publicado los manifiestos de los reyes; los hechos alegados por el Gobierno de Portugal son tan ridículos como crueles y sanguinarios han sido los procedimientos... El jansenismo y los magistrados no han sido más que los procuradores de la Filosofía, por quien verdaderamente han sido sentenciados los jesuitas. Abatida esta falange macedónica, poco tendrá que hacer la razón para destruir y disipar a los cosacos y genizaros de las demás órdenes. Caídos los jesuitas, irán

(20) Cf. *Ibid.*, p. 507. (21) HHE, t. II, p. 508.



cayendo los demás regulares, no con violencia, sino lentamente y por insensible consunción» (22).

Son palabras bien elocuentes.

#### SECULARIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA

Ha sido siempre aspiración primera de toda ideología proselitista apoderarse de la enseñanza; crear un sistema de educación dócil y centralizado por el cual poder irradiar fácilmente sus ideas e imbuir a las generaciones nuevas en los principios que la animan.

Aspiración ésta que apresuráronse a llevar a la práctica los encumbrados secuaces de la Enciclopedia en nuestra patria, con todos los resortes del poder absoluto. Violentamente separados los jesuitas del Magisterio, no quedaba sino organizar la enseñanza de forma que asimilase dócilmente las nuevas ideas. El ideal de nuestros ilustrados reformadores expresábalo así, el Conde de Cabarrús:

«La enseñanza enteramente laica; apodérese el Estado de la generación naciente; exclúyase de esta importante función todo cuerpo y todo instituto religioso...; la educación nacional es puramente humana y seglar y los seglares han de administrarla para que los niños no contraigan la tétrica hipocresía monacal» (23).

Símbolo y ejemplar de este espíritu laico de la enseñanza fué el Real Seminario fundado en Vergara por la Sociedad Vascongada de Amigos del País con los despojos del Colegio de los Jesuitas. Había de ser, en la ilusión de sus fundadores, «luminar mayor que llenará de luces a todo el reino, inagotable manantial de sabiduría que con sus copiosos raudales inundará felizmente a España»; pero la realidad quedó muy por debajo de tales declamaciones. Además, el espíritu de la institución era desastroso: afanábase en formar no buenos cristianos, sino «ciudadanos virtuosos y útiles a la patria» en los que destacasen eminentemente las «virtudes sociales». Profesaban un craso utilitarismo, haciendo estudiado alarde de preferir los intereses materiales a cualesquiera otros; en sus labios rara vez asomaba el nombre de Dios (24).

Pero la providencia más amplia e inmediata que tomaron Roda y los fiscales del Consejo fué enderezar la enseñanza oficial de forma que no fuera obstáculo a las prevaricaciones oficiales.

Para ello era preciso acabar con la independencia de las Universidades. Así sucumbió a sus manos la antigua libertad de elegir rectores, catedráticos y libros de textos. Fueron nombrados direc-

(22) *Ibid.*, p. 525. (23) *HHE*, t. II, p. 590. (24) *Cf.* *HHE*, t. II, p. 586.

tores perpetuos, elegidos entre los consejeros de Castilla, en sustitución de los antiguos visitadores temporales; se sometieron a inspección de los censores regio todas las conclusiones que habían de defenderse y se exigió tiránicamente a los graduandos el juramento de sostener las regalías de la Corona (25).

Sin duda que el ideal de los reformadores hubiera sido un reglamento general de estudios que centralizase la enseñanza; pero por unas causas o por otras no acabaron de redactarle y «se contentaron con meter la hoz en los planes de las Universidades y mutilarlos y enmendarlos a su albedrío, sometiéndolos en todo al visto bueno del Consejo» (26).

Así se ordenó a las Universidades que presentasen sus planes de estudios e indicaran las mejoras necesarias. La de Salamanca, luego tan revolucionaria, se mostró muy conservadora de la tradición. La de Alcalá, en cambio, secundó admirablemente las miras del Consejo, mostrándose ávida de novedades. La Universidad de Granada, aunque recomendando a Santo Tomás, se desató contra la teología escolástica, como entonces era de rigor. La de Valencia, propuso la supresión de las disputas y argumentaciones públicas y en materia de derecho canónico se inclinó, como todas, en la elección de sus textos, al galicanismo (27).

Para la Universidad de Sevilla, había propuesto el enciclopedista Olavide, siendo asistente de aquella ciudad, un plan de radical reforma a base de mucha física y muchas matemáticas. Respiraba todo él rabioso centralismo y sangriento odio a las fundaciones particulares y libertades universitarias (28).

Y hasta los estudios de las Congregaciones religiosas quiso el Consejo reformar, recomendando a los superiores mejoras sus planes. Hicieronlo éstos «atropelladamente y con ese loco y estéril furor de novedades que en España suele asaltarnos» (29).

Este desatado afán innovador y falta de serenidad asimiladora denuncialos certeramente el polígrafo cántabro al comentar el «Verdadero método de estudiar» propuesto por el portugués Verney:

«Otro yerro más grave aún, y asaz común en todos los reformadores del siglo XVIII, fué querer introducir en un día, y como sorpresa y asalto, cuanto venían ensalzando fuera, por donde el plan de enseñanza del Barbadiño viene a dar en utopía impracticable. Nada menos quiere que oprimir la memoria y el entendimiento del principiante teólogo con una balumba de prolegómenos históricos, geográficos, cronológicos, indumentarios..., recomendándole, cual si hubiera de dedicarse ex-profeso a las ciencias auxiliares, cuantos mapas,

(25) Cf. *Ibid.*, p. 526. (26) *Ibid.*, p. 526. (27) Cf. *Ibid.*, p. 527.

(28) Cf. *HHHE*, t. II, p. 568. (29) *Ibid.*, p. 528.

tablas cronológicas y atlas, no ya de la tierra santa y de las edades bíblicas, sino de todos países y lugares, habían salido de las prensas italianas y francesas» (30).

A esta intemperancia de erudición moderna añadíase el general desprecio a la Filosofía y Teología escolástica, queriéndola sustituir con la vaga y mal asimilada lectura de Padres y Concilios, historia eclesiástica y litúrgica.

Expuesta la reforma de los estudios que con tanto apasionamiento llevaron a cabo los innovadores del XVIII, cabe preguntarse: ¿respondieron los hechos a tan entusiastas esperanzas? Veamos los resultados.

La Universidad de Salamanca era a fines de la décimooctava centuria, un foco de ideología materialista y de radicalismo político. La mayor parte de los legisladores de 1812 y de los conspiradores de 1820 salieron de sus aulas.

Desarrugó de pronto — al decir de Quintana — el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos y abrió la puerta a la luz que a la sazón brillaba en Europa.

En realidad, el espíritu de la Universidad en sus últimos tiempos era desastroso. Los canonistas jansenizaban: «toda la juventud salmantina es port-royalista», afirma en su «Diario» inédito Jovellanos.

A la difusión de las nuevas ideas contribuía una librería exclusivamente francesa establecida en Salamanca desde 1791. Asimismo las cátedras de derecho natural y de gentes, recientemente creadas, influían no poco en el desarrollo de las doctrinas revolucionarias.

«En vano Floridablanca — comenta M. y Pelayo —, que había impulsado al principio este movimiento, se aterró y quiso resistirle cuando empezaban a sonar en nuestras puertas los alaridos de la Revolución Francesa; en vano cerró las cátedras de derecho público y de economía política e hizo callar al periodismo, que ya empezaba a desmandarse..., y comenzó a ejercer vigilancia, quizá nimia y suspicaz, en los actos y conclusiones públicas de las universidades, queriendo convertir a España, según expresión sarcástica del funesto Príncipe de la Paz, en «un claustro de rígida observancia».

»Porque toda esta prudente y aun necesaria represión apenas duró dos años, y en dos años no era posible que enmendase tantos desaciertos el mismo que los había causado...» (31).

Derribado por una intriga cortesana, le sustituyó Aranda, a cuyo advenimiento prometiéronse los revolucionarios franceses el

(30) *Ibid.*, p. 594. (31) HHE, t. II, p. 608.

reinado de la filosofía sobre España. Fué corto su predominio, pero su espíritu en todo lo malo pasó a Godoy, quien se jacta en sus «Memorias» de haber dado libertad a las «luces» y de haber levantado el entredicho que pesaba sobre las letras. (32).

#### EL ENCICLOPEDISMO EN SU PROGRESO

El Enciclopedismo, impiedad de origen francés, de Francia extendió sus tentáculos para aprisionar en ellos a toda Europa. En nuestra patria, luego de la infección primera en las regiones oficiales, prendió fácilmente el contagio en los próceres y hombres de letras como más sensibles a toda influencia forastera.

La vieja aristocracia de la sangre y las otras dos, que entonces nacían, la acaudalada y la de las letras, sufrieron prontamente su estrago. Seguir el mórbido proceso es sinónimo de ventear las infectas auras francesas. En todos los volterianos españoles encontramos el dato común de su educación en Francia o, de su trato familiar con las ideas ultrapirenaicas.

Los libros franceses, tras difundir un sentimentalismo de mala ley, empalagoso y enfermizo, traían consigo todo género de utópicas mejoras sociales, de bestiales regodeos materialistas y de burlas y sarcasmos contra todo lo que por acá venerábamos (33).

Fueron escasas las traducciones públicas, porque estaba vigilante la censura; pero, dada la amplia extensión del conocimiento del francés en aquel siglo, no eran necesarias las versiones para explicar la extraordinaria popularidad de la literatura de allende los Pirineos en España.

Traducciones francamente volterianas, que no fuesen clandestinas, no las hubo hasta finales de siglo; sólo a favor de la revolución política y de la ruina del Santo Oficio corrieron de mano en mano hasta inundar todos los rincones de la Península, los inagotables libelos anticristianos de los corifeos del filosofismo francés.

Más fácil acceso tuvieron las obras propiamente literarias de Voltaire y Diderot. Por el teatro, singularmente, penetraron en España. Sus dramas y tragedias, unidas a las del Alfieri, contribuyeron a dar a nuestra escena ese peculiar colorido de tribuna y periodismo de oposición que, más o menos inocentemente, iba tomando a fines de siglo. Así se mantuvo la tradición del teatro precursor y compañero de las novedades políticas.

Arteramente y al socaire de una alternante y contradictoria legislación de imprenta, burló las aduanas el torrente de libros franceses que infestaron las bibliotecas españolas.

No habían de oponerse eficazmente a su penetración aquellos que, volterianos y descreídos en el fondo de sus almas, sólo se

(32) Cf. HHE, t. II, p. 609. (33) Cf. Ibid., p. 610.

alarmaban ante las extremas consecuencias políticas de sus propias ideas.

Grave síntoma que señala inequívocamente la infiltración de la grosera filosofía materialista en nuestra sociedad, lo constituye la exuberancia de poesía obscena y licenciosa, llaga secreta del siglo. Fenómeno éste común en la literatura europea por cuanto brotaba de un mismo principio, la filosofía empírica y sensualista, la moral utilitaria y la teoría del placer.

No era la lujuria grosera de otros tiempos, sino senil y refinada, compuesta con el deliberado propósito de poner al servicio del deleite las bestialidades de la carne (34).

Aquí ha de encuadrarse la copiosa poesía erótica, muelle y sensual, cuyo primer representante es Meléndez quien, llevado de su epicureísmo risueño, canta alegóricamente, con imágenes a veces demasiado transparentes, los amores del poeta. Sus odas son lúbricas en demasía.

De la excesiva floración de este género anacreóntico, mórbido y empalagoso, nos da testimonio el crítico montañés quien añade:

«Y crece el asombro cuando se repara que la tal poesía era cultivada en primer término por graves magistrados y por doctos religiosos y por estadistas de fama, y, lo que es aún más singular de todo, valía togas y embajadas y aun prebendas y piezas eclesiásticas» (35).

Mayor desenfado muestran aún los cuentos del fabulista Samaniego y los desvergonzados epigramas contra los frailes, atribuidos a la Condesa de Montijo. De ellos dice don Vicente de la Fuente:

«Estos epigramas obscenos e impíos eran recitados de sobremesa en los convites y francachelas, a que Godoy convidaba también a la autora, aunque se dice que eran más bien de otro poeta afrancesado. En aquellos epigramas hace siempre el gasto un capuchino, algún confesor de monjas o por lo menos una beata» (36).

También Iriarte dió qué entender al Santo Oficio, que hubo de procesarle por su fábula antieclesiástica «La barca de Simón». En ella queda muy mal parada la misión sobrenatural y perenne indefectibilidad de la Iglesia.

En la vanguardia de las huestes volterianas militaba el periodismo, imbuído tempranamente del espíritu enciclopédico. En él se libró la batalla de los «autos sacramentales». Los esfuerzos en

(34) Cf. HHE, t. II, p. 618. (35) HHE, t. II, p. 618.

(36) Historia de las Sociedades Secretas, antiguas y modernas, en España (Lugo, 1870-1871), t., 1, p. 144.

pro de su prohibición del afrancesado Clavijo y Fajardo, y Moratín padre, se vieron coronados por el éxito, a despecho de la brava resistencia castiza, gracias al sectarismo oficial.

«El Gobierno de aquella era — escribe M. y Pelayo — se había empeñado en civilizarnos a viva fuerza: prohibió los autos, hizo callar a sus defensores y obligó a los cómicos a representar, con insufrible hastío del público, traducciones del francés o tragedias de escuela, sin vida, ni calor ni energía» (37).

A pesar de las severas disposiciones oficiales, periódicos como «El Censor» declamaban contra una cierta teología, una cierta moral, una cierta jurisprudencia y una cierta política que nos tenían ignorantes y pobres. Llegaron a atribuir sin pudor nuestro abatimiento y debilidad a la creencia en la inmortalidad del alma, que nos hacía despreciar la prosperidad terrena. Ensañáronse en todo género de burlas volterianas contra las indulgencias, las novenas y demás prácticas piadosas. Menudeaban en expresiones lúbricas y sátiras sobre personas eclesiásticas. Ni faltaron religiosos que se acercasen a la prensa para lucir su acre ingenio y explayar su avanzado espíritu.

El llamado «filosofismo poético» hace su aparición con Meléndez que acertó a plasmar en bellos versos las ideas ultrapirenaicas de la época. Fervoroso creyente en la doctrina del progreso indefinido, procuró propagarla artísticamente; pertenecía a esa clase de hombres que esperaban del adelantamiento de la razón la mejora de la especie humana. Dirigió sus dardos contra el Santo Oficio en su Oda «Al fanatismo». El abrió el camino y preparó las armas a sus discípulos Cienfuegos y Quintana.

Fiera y vehemente resuena la lira filosófica en Quintana, propagandista acérrimo de las más radicales doctrinas filosóficas y sociales de su siglo. Manifiestos revolucionarios y proclamas ardientes y tumultuosas salieron de su pluma. Su ardor progresista estalla en roncas maldiciones contra la vieja y frailuna España, contra su religión y sus glorias. Cantor apasionado de la libertad política, de la ciencia y del progreso, tuvo la feliz inconsecuencia de alzarse contra las bayonetas francesas y, abrazado a la causa de la antigua España, adorar, por una vez en su vida, todo lo que había execrado y maldecido.

Resta, finalmente, mencionar como focos de volterianismo, ya radical y proselitista, ya tímido y elegante, las famosas tertulias de Quintana y Leandro E. de Moratín.

Así, merced a indigestas y mal asimiladas lecturas, iba educándose la raza de padres conscriptos del año 12 y de los «españoles

(37) HHE, t. III, p. 292 (edición nacional).

justos y benéficos, para quienes ellos con simplicidad pastoril legislaron» (38).

#### LA REACCIÓN APOLOGÉTICA

Es altamente aleccionadora la conducta de los prepotentes volterianos con los apologistas españoles de esta centuria.

La resistencia ortodoxa fué brava y tenaz; vivía la vieja España y con ella la ciencia española y la apologética cristiana. En todas partes y con todo género de armas se aceptó la lucha: en metafísica, en teodicea, en derecho natural, en cosmología, en exégesis bíblica, en historia. No hubo objeción alguna de las presentadas por la falsa filosofía a que no dieran cumplida respuesta nuestros apologistas.

Quizá los mejores libros que produjo nuestra cultura en el «Siglo de las luces» fueron los de controversia con el enciclopedismo, y son, sin duda, muy superiores a los que en otras partes se componían (39).

Con todo, estos libros no son célebres ni populares, debido a lo árido de su estilo. Hay, además, otra razón para que estas obras permanezcan olvidadas.

«La revolución triunfante — denuncia M. y Pelayo — ha divinizado a sus ídolos y enaltecido a cuantos le prepararon fácil camino. Sus nombres, los de Aranda, Floridablanca, Campomanes, Roda, Cabarrús, Quintana..., viven en la memoria y lenguas de todos; no importa su mérito absoluto; basta que sirviesen a la revolución, cada cual en su esfera; todo lo demás del siglo XVIII ha quedado en la sombra» (40).

Entre la luminosa pléyade de escritores españoles que aprontaron sus armas en defensa de nuestra ciencia cristiana, pasaremos por alto al médico Pereira, al ilustre fisiologista cisterciense, P. Rodríguez, de tan amplio y moderno espíritu; al deán de Palencia, Dr. Valcárcel, sutil impugnador del cartesianismo con certera y profunda visión; al vigoroso escolástico P. Castro; al insigne médico aragonés Dr. Andrés Piquer, magnífico en su eclecticismo erudito e incommovible en su fe; al sapientísimo y temible controversista Juan Pablo Forner, enemigo jurado de los enciclopedistas y restaurador de la antigua cultura española; al «Filósofo Rancio», P. Alvarado, de tan recio y elevado pensar, y a tantos otros esforzados apologistas, para detenernos en un nombre en el que se cebó singularmente la intolerancia oficial por lo mismo que era el mejor: el P. Ceballos.

El jeronimiano fray Fernando de Ceballos y Mier, gloria de la Universidad de Sevilla y del monasterio de San Isidro del Cam-

(38) HHE, t. II, p. 633. (39) Ibid., p. 666. (40) HHE, t. II, p. 667.

po, de grande saber y poderoso entendimiento, convirtió su vida en una continua cruzada contra el enciclopedismo. En colosal esfuerzo, trató de levantar, frente a la filosofía de la ilustración, una antienciclopedia.

El sectarismo reinante encargóse de impedir que su grandiosa obra «La falsa filosofía, crimen de Estado» llegase a su término. Otras muchas obras suyas quedaron inéditas. Persecuciones, destierros, atropellos y sinsabores de toda índole abreviaron su vida fecunda. Ni el indudable servicio que esta magnífica obra, con su dilatada y profética visión prestaba a la patria y a la Corona, ni el universal aplauso de los católicos, que agotaron en pocos meses dos ediciones del primer volumen, ni el inmenso valor intrínseco de la magna obra bastaron para detener el furor de los filósofos tan pronto como advirtieron el ataque frontal del intrépido batallador del filosofismo.

Truncóse la publicación en el séptimo volumen como obra perjudicial a las regalías de Su Majestad. Se fiscalizaron las conversaciones del P. Ceballos y sus cartas, y se le quiso complicar en un proceso. Avistóse con Carlos III: todo en vano; no obtuvo la licencia para publicar su séptimo tomo. Varios años después hizo dos viajes a Lisboa y allí imprimió un volumen más. Pasaron algunos ejemplares la frontera, pero fueron recogidos a mano real y su autor perseguido.

«Dicen que Voltaire — termina M. y Pelayo — alcanzó a leer los dos primeros tomos de «La falsa filosofía» y que no habló de su autor con la misma insolente mofa que solía emplear con sus adversarios. En sus obras no recuerdo que lo mencione jamás. Sus discípulos de por acá encontraron más cómodo amordazar al P. Ceballos que responderle» (41).

La misma intransigencia oficial prohibió la representación de una comedia de Forner titulada «El ateísta» y borró de su canto «La paz» las estrofas alusivas a la «infidel sofistería» (42).

¿En qué quedarían tantas odas contra la intolerancia y el fanatismo?

ANTONIO ALAMOS  
Calahorra

#### ALGUNAS DE LAS OBRAS CONSULTADAS

Mons. R. GARCIA Y GARCIA DE CASTRO: *Menéndez y Pelayo. El sabio y el creyente.* (Madrid, 1940.). — V. DE LA FUENTE: *Historia de las sociedades secretas, antiguas y modernas en España.* (Lugo, 1870-1871) 3 tomos. — B. LLORCA-R. VILLOSLADA, etc.: *Historia de la Iglesia Católica en sus cuatro grandes edades*, ed. BAC. Madrid. — M. Y PELAYO: *Obras completas. Edición nacional.* — J. M.<sup>a</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN: *Antología General de M. Pelayo.* (Madrid, 1956.). — VOLTAIRE. *Oeuvres complètes.* (París, 1879-1892) 50 vols. — J. B. WEISS: *Historia Universal.* (Barcelona, 1927-1933) 23 vols. — Versión dirigida por el P. R. Ruiz Amado.

(41) FHE, t. II, p. 684. (42) Cf. *Ibid.*, p. 696.